

LORENZO N. MASCIALINO

1914-1988

El 10 de setiembre de 1988, tras larga enfermedad, falleció en su casa de Hurlingham (Pcia. de Buenos Aires) el profesor Dr. Lorenzo N. Mascialino. Desde los jóvenes años de su bachillerato con los jesuitas, en los que conoció por primera vez el griego y el latín, nunca abandonó Mascialino esa pasión por la Antigüedad Clásica que animó hasta el fin de sus días su actividad de estudioso incansable y dio cauce a su irrenunciable vocación de maestro. Desde su graduación en la UBA en 1942, y ya desde algunos años antes, desarrolló Mascialino una intensa e ininterrumpida actividad docente, que no se circunscribió al ámbito universitario, sino que se extendió también a los niveles terciarios y secundario. Pasó por las aulas, entre otros, del Colegio Nacional de Buenos Aires y de la Escuela Carlos Pellegrini. Enseñó en institutos del profesorado como el Mariano Acosta y el Sagrado Corazón, y también en el Seminario Metropolitano. Fue profesor en varias de las más importantes universidades del país, como Cuyo, La Plata y Buenos Aires, en la cual corona su carrera docente con su designación en 1981 como Profesor Emérito y permanece activo hasta su muerte.

Su tarea de investigación en el ámbito de la filología clásica comienza ya en los primeros años de docencia titular en Cuyo. Allí colabora como encargado de la sección de estudios griegos y secretario de redacción en la publicación de la *Revista de estudios clásicos*, en la cual vemos aparecer también sus primeros ensayos sobre pcesía alejandrina. Entre los años '51 y '54 realiza diversos viajes de estudio e investigación por universidades europeas y por Grecia. Estudia en Italia con filólogos como C. Gallavotti (Roma) y M. Untersteiner (Génova), y en Francia con J. Perret (París). Dicta al mismo tiempo numerosas conferencias en Milán, Brescia, Palermo, París, Utrecht, Roma. Más tarde, en los años '60 y '70, estudiará en España con J. S. Lasso de la Vega y M. Fernández Galiano (Madrid). En 1954 obtiene en la UBA el grado académico de Doctor con un trabajo de tesis sobre el poeta Licofrón. Por su calidad y excelencia, este trabajo se constituyó en ocasión y punto de partida de los que serían, sin duda, sus dos aportes más importantes en materia de investigación: la edición crítica bilingüe de la *Alejandra* de Licofrón, con la primera versión española del poema, para la colección "Alma Mater" de Barcelona (1956), y la posterior edición del texto de esta misma obra para la famosa "Bibliotheca Teubneriana" de Leipzig

(1964), de la cual Mascialino fue uno de los primeros colaboradores extranjeros. Esta edición, por su solidez filológica y sus mejoras en materia de crítica, se ha convertido desde entonces en el texto *standard* de esta difícil obra de la poesía griega tardía. Pero, más allá de su reputación de alejandrino y bizantinista, fue Mascialino un espíritu inquieto que aunó su formación de filólogo clásico con una preocupación siempre viva por el arte y el pensamiento de su tiempo. Su interés por el cine y el teatro (sus comentarios para "Cinegraf" fueron sus primeras letras impresas, solía recordar) y su cultivo de las literaturas modernas, plasmado en traducciones de poetas ingleses como Chesterton y Eliot, entre otros, no sólo no entraban en conflicto con su vocación de clasicista, sino que formaban una parte esencial de ésta y constituían una unidad orgánica con su visión de la Antigüedad Clásica como una realidad cultural siempre dinámica y perviviente en sus efectos sobre el presente. Fue su convicción constante la de que sólo en un continuo diálogo con el ahora puede desplegarse lo antiguo su verdadera dimensión clásica.

Docencia e investigación fueron para Mascialino dos aspectos inseparables de un único proceso en la elaboración del conocimiento. De ello es testimonio su vasta labor en el campo del método de la enseñanza de las lenguas clásicas, sintetizada en sus "guías" para el aprendizaje del griego y el latín, las cuales, elaboradas pacientemente a lo largo de años, fueron publicadas por nuestra Facultad a partir de 1981. A pesar de reunir una enorme cantidad de material textual ordenado en una precisa secuencia metodológica, y de dejar ver claramente una personal concepción de la naturaleza de la lengua y del proceso que conduce a su aprendizaje, son estas guías, separadas de su realización efectiva en clase, tan sólo un vago testimonio de lo que a través de ellas gestaba Mascialino en sus cursos. Su concepción del método como proceso inductivo y su idea de la lengua como clave de acceso a los contenidos significativos básicos de una cultura hacían que el desarrollo de cada texto y el estudio de cada problema gramatical dieran ocasión de obtener, además de esquemas morfológicos y nociones sintácticas, un atisbo concreto e irreductible de algún aspecto de la visión del mundo de griegos y romanos: morfología, sintaxis, etimología, historia de la cultura y de la religión conformaban en su convicción de filólogo un único acorde, cuyas diversas resonancias sólo pueden percibirse a través del paciente estudio del texto. Su permanente preocupación por transmitir adecuadamente al principiante toda esa gama de posibles perspectivas y niveles de análisis y su respeto por el alumno como causa final de la enseñanza lo llevaron a revisar constantemente su propia labor docente y a corregir con agudo sentido

crítico, una y otra vez, cada detalle que se revelara aún imperfecto o mal ajustado. Es así como la muerte lo encuentra empeñado en la reelaboración de su sistema de enseñanza y emprendiendo una nueva redacción de su guía de primer nivel de griego. Esta actitud de revisión permanente fue, en nuestra opinión, el rasgo más característico y vivo de su enseñanza. Sus alumnos así lo percibíamos y lo entendíamos como un signo del carácter esencialmente abierto e inacabado de toda búsqueda racional, y como una invitación a continuarla. Si muchas son las cosas que en materia y método tenemos que agradecerle, son éstas sin embargo las que yo señalaría como el legado más precioso de Mascialino a cuantos tuvimos la fortuna de aprender con él: el ejemplo de su actitud de humildad y crítica frente al propio saber, y el testimonio del carácter inagotable y siempre abierto de la tarea intelectual. Ambos rasgos quedan como actitud del mejor modo expresados en las que quiso el azar fueran las últimas palabras que ante dos discípulos, muy poco antes de morir, pronunció y escribió en griego, aquellas de Solón:

γῆράσκω δ' αἰεὶ πολλὰ διδασκόμενος

ALEJANDRO G. VIGO

Universidad de Buenos Aires

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO

Nos conocimos imprevistamente en septiembre de 1972, en un aula del Collège de France, donde sesionaba la asamblea general de la FIEC en oportunidad en que se proponía el ingreso de nuestra AADEC en aquella entidad matriz.

Nuestra postulación fue aceptada por unanimidad y, cuando hubo concluido la sesión, tres personas a quienes no conocía se levantaron de sus asientos y se me acercaron. Eran representantes de instituciones afines de Madrid y Barcelona, y uno de ellos, abrazándome, exclamó: —¡Por fin, hombre! Hace años que estábamos esperándolos. (Se entiende: a nosotros, los argentinos, como si hasta esa circunstancia hubiesen sentido la falta de compañía hispanoparlante).

El que anudó así la amistad entre la Sociedad Española de Estudios Clásicos y nuestra AADEC era el profesor Manuel Fernández-Galiano, catedrático entonces de la Universidad Complutense de Madrid y, más tarde, de la Autónoma.